

## **INEFICACIA DEL CONTROL DE PRECIOS**

Hilary Arathoon

Los que no aprenden con las lecciones que la historia nos brinda, están condenados irremisiblemente a cometer los mismos errores. Difícilmente hay una lección que se remonte más allá que la que la historia nos brinda con respecto a la ineficacia del control de precios. No obstante, ¿cuántas veces no ha intentado el hombre controlarlos en igual forma, sólo para tener que desistir más tarde y verse precisado a confesar su error?

El primer mandatario que intentó controlar los precios en su imperio, fue el emperador Hammurabi de Babilonia, contemporáneo del patriarca hebreo Abraham y quien reinó allá por los años 2067 a 2025 antes de la era cristiana, es decir, hace apenas la bicoca de cuatro mil años. Hay estelas en las que aparece el edicto promulgado y hay también otras, en las que aparece su retracción.

Más tarde, en Roma, en el año 301 de nuestra era, el emperador Diocleciano fijó los precios de setecientos artículos y fijó también los sueldos correspondientes a todos los oficios y profesiones, imponiendo como castigo para quienes violaran el edicto, las penas de deportación y muerte. Trece años más tarde, el emperador Lactancio, nos cuenta que: «hubo mucha sangre derramada, al grado que la gente ya no acudía al mercado con sus provisiones por miedo a las consecuencias. Finalmente, tras de haber ocasionado muchas muertes, la ley fue derogada».

Siglos más tarde, en 1584, durante el sitio de la ciudad de Amberes por los españoles, los síndicos de la ciudad, temerosos de que los que la surtían de aprovisionamientos se aprovecharan de las circunstancias para elevar inmoderadamente sus precios, dispusieron fijarlos. El resultado fue que durante un período corto pudieron disfrutar de alimentos a precios relativamente bajos, pero pronto escasearon del todo, porque los proveedores hallaron que los precios fijados no correspondían a los riesgos que corrían al burlar el cerco y prefirieron disponer de sus productos en otros mercados, dejando sin abastecimiento a la ciudad, la cual hubo de rendirse.

Igual estado de cosas le sucedería más tarde al ejército de George Washington en Valley Forge, el cual casi murió de inanición por falta de provisiones, pero no porque éstas escasearan. Los graneros de Pensilvania estaban atestados de carnes ahumadas, quesos y harina. A diario los carretones repletos partían a abastecer a los soldados británicos del general Howe. Pero el Congreso estadounidense había fijado un control muy rígido sobre los precios de los artículos alimenticios requeridos para su ejército. El resultado fue que mientras éste padecía hambre, el ejército enemigo estaba bien alimentado y bien nutrido.

El siguiente 4 de junio, el Congreso tuvo que pasar una resolución que decía:

«En vista de haberse comprobado, a base de experiencia, que los precios límites fijados a los alimentos no sólo no son efectivos, sino que además causan consecuencias dañinas, se

resuelve que se recomiende a los distintos estados de la Unión que deroguen o suspendan todas las leyes limitando, regulando o restringiendo el precio de cualquier artículo».

Ahora volvamos los ojos a Francia en la época de la revolución. En 1793, el Comité de Seguridad Pública dispuso fijar el precio de los granos y la harina. No tardó en hacerse necesario enviar a los soldados a recolectarlos, pero pronto se dieron cuenta que éstos ignoraban cómo hacer para lograrlo.

En carta dirigida a la Convención Revolucionaria en París, uno de los oficiales encargados de la recolecta decía:

«Tan luego como fijamos precios topes al trigo y a la avena, dichos cereales desaparecieron, mientras que otros a los que no se les había fijado precio, continuaron llegando. Cuando los diputados nos exigieron fijar precios topes para los granos en general, todos desaparecieron. Se produjo así una gran escasez en medio de la abundancia».

¿Cuál fue el remedio? Pues abolir los precios topes.

Durante la Segunda Guerra Mundial, a pesar de haber sido fuertemente bombardeada y destruida, Alemania Occidental fue la primera nación en Europa en abolir el control sobre los alquileres. Hubo momentos cruciales. Los alquileres subieron vertiginosamente. Pero como resultaba altamente provechoso tener casas para dar en alquiler, hubo gran auge en el ramo de la construcción y, al cabo de diez años, habían casas suficientes y en abundancia para todos.

En cambio, en Francia, donde se habían aplicado los controles a los alquileres desde la Primera Guerra Mundial, a pesar de haber transcurrido tantísimos años y que dicha nación no sufrió mayormente a causa de los bombardeos durante la Segunda Guerra Mundial, la dificultad para hallar alojamiento, aún sea un apartamento modesto y pequeño, todavía subsiste. Un conocido galeno guatemalteco, que había invertido en propiedades en París tras la Primera Guerra Mundial, perdió todos sus haberes, pues los alquileres que el gobierno había fijado no alcanzaban ni para cubrir los gastos de mantenimiento.

Está visto, por lo tanto, que en el mercado libre, la escasez de cualquier artículo origina un alza en el precio, lo que a su vez fomenta la producción. Más al ocurrir la intervención estatal con la fijación de precios, se suspende este proceso. El natural incentivo para la producción, que representaría el alza en el precio, ya no ocurre. La consecuencia es que los inversionistas ya no hallan ningún aliciente para invertir su dinero en promover la producción de los artículos que hacen falta y en tal virtud, en vez de corregirse la escasez, ésta aumenta con la tendencia natural de encarecer aún más los productos, los cuales tienden a desaparecer del mercado para surgir más tarde como mercado negro a precios naturalmente mucho más caros.

Absurdos e inútiles resultan los llamados que se hacen a través de la prensa y la radio a los productores instándoles, por motivos patrióticos, a incrementar la producción, a fin de ponerle término a la inflación, cuando al mismo tiempo se les deniega el único aliciente efectivo que podría servir para dicho fin, y el cual es el de mejores precios, lo que les aseguraría mayores ganancias.

Esta alza de precios, que es lo que se busca evitar a través de los controles, sería sólo de corta duración, pues al abundar nuevamente el producto en el mercado, los precios se reajustarían automáticamente de acuerdo con las necesidades, lográndose así, a través de la competencia, el fin anhelado. En cambio, con la intervención, sólo se asegura la escasez, la cual no tiende a desaparecer sino hasta que se aflojen nuevamente los controles, al comprobarse, como siempre sucede, que éstos no dan resultado.